

MIGUEL DE CERVANTES (1547-1616)

*RINCONETE Y CORTADILLO*

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calorosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años, el uno, y el otro no pasaba de diecisiete. Ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los de uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas, que de zapatos. Traía el uno montera verde de cazador. El otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color carnuza, encerrada y recogida toda en una manga. El otro venía escueto y sin alforjas, pues que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y por que durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias. El uno tenía una media espada, y el otro, un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos a sestear en un portal o cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero—respondió el preguntado—, no la sé, ni para dónde camino tampoco.

—Pues en verdad—dijo el mayor—que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es—respondió el mediano—; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho. Porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como alnado. El camino que llevo es a la ventura, y allí daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—¿Y sabe vuesa merced algún oficio?—preguntóle el grande. Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo esto es muy bueno, útil y provechoso—dijo el grande—; porque habrá sacristán que le dé a vuesa merced la ofrenda de Todos Santos, por que para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

—No, es mi corte de esa manera—respondió el menor—, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó a cortar antiparras, que como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre suelen llamar polainas, y cortólas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos—respondió el grande—, y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas. Pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

—Sí tengo—respondió el pequeño—; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado. A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en gran parte ge puedan hallar. Y para obligar a vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habernos de ser, de este hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfría, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan. Mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir, que es bulero o buldero, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera que no daría en echar las bulas al que más presumiese en ello. Pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las mismas bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía a cargo el dinero tras mí; prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tunda y mosqueo, y salí a cumplir mi destierro, con tanta prisa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes—y a ese tiempo descubrió los que se han dicho, que en cuello traía—, con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando a la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo; y si vuesa merced es versado en este juego verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as a la primera carta, que le puede servir de un punto y de once. Que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidiada, el

dinero se queda en casa. Fuera de esto, aprendí de un cocinero de un cierto embajador ciertas tretas de quínolas, y del parar, a quien también llaman el andaboba, que así como vuesa merced se puede examinar en la corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca. Con esto voy seguro de no morir de hambre; porque aunque llegué a un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y de esto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algún pájaro de estos arrieros que aquí hay: quiero decir, que jugaremos los dos a la veintiuna, como si fuese de veras; que si alguno quisiere ser tercero, el será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buena hora—dijo el otro—, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado a que yo no encubra la mía, que, diciéndola más breve es esta: Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo. Mi padre es sastre. Enseñóme su oficio; y de corte de tijera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra. Dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dio noticia de mi habilidad al corregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él. Y así salí de la ciudad con tanta prisa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algún coche de retorno o por lo menos de un carro.

—Eso se borre—dijo Rincón—; y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces. Confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aun zapatos.

—Sea así—respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba—; y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón, y Rincón a él, tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia, y a pocas manos, alzaba también por el as Cortado, como Rincón su maestro.

Salió en esto un arriero a refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio. Acogieronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veintidós maravedís, que fue darle doce lanzadas y veintidós mil pesadumbres. Y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían, quiso quitarles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano a su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que a no salir sus compañeros, sin duda lo pasara mal.

A esta razón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes a caballo, que iban a sestear a la venta del Alcalde, que está media legua más adelante; los cuales, viendo la

pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que si acaso iban a Sevilla, que se viniesen con ellos.

—Allá vamos—dijo Rincón—, y serviremos a vuestras mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y sin más detenerse saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y a la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros: que les había estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las barbas, y quisiera ir a la venta tras ellos a cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valer que dos muchachos hubiesen engañado a un hombro tan grande como él. Sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que, aunque no le consolaron, le obligaron a quedarse.

En esto Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir a los caminantes, que lo más del camino los llevaban a las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las valijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasión tan buena del viaje a Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse. Con todo esto, a la entrada de la ciudad, que fue a la oración y por la puerta de la Aduana, a causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la valija o maleta que a las ancas traía un francés de la camarada; y así con el de sus cachas le dio tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un librito de memoria, cosas que cuando las vieron no les dieron mucho gusto, y pensaron que pues el francés llevaba a las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas, y quisieran volver a darle otro tiento. Pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado de menos, y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado, y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y de ellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron a ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el día que sus culpas les habían de traer a morar en ellas de por vida. Echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno de ellos qué oficio era aquél, y si era de mucho trabajo, y de qué ganancia.

Un muchacho asturiano, que fue a quien le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos días salía con cinco o seis reales de ganancia, con que comía y bebía, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo a quien dar fianzas y seguro de comer a la hora que quisiese, pues a todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad, en la cual había tantos y tan buenos.

No les pareció mal a los dos amigos la relación del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues lo podían usar sin examen. Y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios o nuevos, y cada uno tres espuestas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, pescado y fruta, y en el costal, el pan. Y él les guió donde lo vendían, y ellos, del dinero de la gallina del francés, lo compraron todo, y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio, según los ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde hablan de acudir: por las mañanas a la carnicería y a la plaza de San Salvador; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla; todas las tardes al río; los jueves, a la feria.

Toda esta lección tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuestas vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y a todas respondían con discreción y mesura. En esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuestas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó a Cortado, y el soldado a Rincón.

—En nombre sea de Dios—dijeron ambos.

—Para bien se comience el oficio—dijo Rincón—; que vuesa merced me estrena, señor mío.

A lo cual respondió el soldado:

—La estrena no será mala. porque estoy de ganancia y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete a unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesa merced a su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude a guisarlo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir, que él le sacaría de aquel abatido oficio; a lo cual respondió Rincón que, por ser aquél el día primero que le usaba, no le quería dejar tan presto hasta ver, a lo menos, lo que tenía de malo y bueno; y cuando no le contentase él daba su palabra de servirle a él antes que a ningún canónigo.

Rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato. Dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió a la plaza. Por no perder coyuntura. Porque también de esta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene a saber, albures, o sardinas, o acedías, bien podían tomar algunas, y hacerles la salsa, siquiera para el gasto

de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, por que no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejércelo.

Por presto que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto a Cortado. Llegóse Cortado a Rincón, y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano y mostróle los tres cuartos. Cortado entro en la suya en el seno y sacó una bolsita, que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía, algo hinchada, y dijo:

—Con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más. Tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder. Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudado y turbado de muerte, y viendo a Cortado le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de a dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dijese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando.

A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir de esa bolsa es que no debe de estar perdida si ya no es que vuesa merced la puso a mal recaudo.

—Eso es ello, ¡pecador de mí!—respondió el estudiante—. Que la debí de poner a mal recaudo, pues me la hurtaron.

—Lo mismo digo yo—dijo Cortado—: pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es lo primero y principal, tener paciencia: que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que con el tiempo, el que llevó la bolsa se viniese a arrepentir, y se la volviese a vuesa merced sahumada.

—El sahumero le perdonaríamos—respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió, diciendo:

—Cuanto más, que cartas de descomuni3n hay paulinas, y buena diligencia que es madre de la buena ventura, aunque, a la verdad, no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra pareceríame a mí que había cometido algún grande incesto o sacrilegio.

—Y ¡como que ha cometido sacrilegio!—dijo a esto el dolorido estudiante—: que puesto que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía, que me dio a cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma—dijo Rincón a este punto—. No le arriendo la ganancia. Día de juicio hay, donde todo saldrá en la colada, y entonces se verá quién fue Callejas, y el

atrevido que se atrevió a tomar, hurtar o menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristán, por su vida?

—¡Renta la puta que me parió! Y ¿estoy yo ahora para decir lo que renta?—respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera—. Decidme, hermano si sabéis algo: si no, quedad con Dios: que yo la quiero hacer pregonar.

—No me parece mal remedio ese—dijo Cortado—: pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella: que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

—No hay que temer de eso—respondió el sacristán—, que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas. No me erraré en un átomo.

Sacó en esto de la faldriquera un pañuelo randado, para limpiarse el sudor que llovía de su rostro como de alquitara, y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo: y habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las Gradas, donde le llamó y le tiró a una parte, y allí le comenzó a decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole. Y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le replicase la razón dos o tres veces.

Estábase mirando Cortado a la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos. El sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dio lugar a Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que a la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba a saberlo, dentro de pocos o de muchos días.

Con esto se consoló algo el sacristán, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado dél: y más abajo estaba otro mozo de la sportilla que vio todo lo que había pasado y cómo Cortado daba el pañuelo a Rincón, y llegándose a ellos, les dijo:

—Díganme, señores galanes: ¿voacedes son de mala entrada o no?

—No entendemos esa razón, señor galán—respondió Rincón.

—¿Que no entrevan, señores murcios?—respondió el otro.

—No somos de Teba ni de Murcia—dijo Cortado—: si otra cosa quiere, dígala: si no, váyase con Dios.

—¿No lo entienden?—dijo el mozo—. Pues yo se lo daré a entender y a beber con una cuchara de plata: quiero decir, señores, si son vuestas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son. Mas díganme: ¿cómo no han ido a la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán? —dijo Rincón.

—Si no se paga—respondió el mozo—, a lo menos regístrense ante el señor Monipodio, que es su padre su maestro y su amparo: y así, les aconsejo que vengan conmigo a darle la obediencia, o si no, no se atrevan a hurtar sin su señal, que les costará caro.

—Yo pensé—dijo Cortado—que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas: pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el de ésta. que por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él. Y así, puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice: que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio.

—Y ¡cómo que es calificado, hábil y suficiente!—respondió el mozo—. Eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas.

—En verdad, señor—dijo Rincón—, que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos a andar, que yo les iré declarando por el camino —respondió el mozo—, con otros algunos, que así les conviene saberlos como el pan de la boca.

Y así les fue diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos o de la germanía, en el discurso de su plática, que no fue corta, porque el camino era largo.

En el cual dijo Rincón a su guía:

—¿Es vuesa merced por ventura ladrón?

—Sí—respondió él—, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente. A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.



—Sin duda—dijo Rincón—debe ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

—Es tan santa y buena—replicó el mozo—que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias a un cuatrero que había murciado dos ronzos, y con estar flaco y cuartanario, así las sufrió sin cantar, como si fuera nada. Y esto atribuimos los del arte a su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que «cuatrero» es ladrón de bestias; «ansias» es el tormento; «ronzos» los asnos, hablando con perdón; «primer desconcierto» es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, repartido, en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.

—De perlas me parece todo eso—dijo Cortado—. Pero dígame vuesa merced: ¿hácese otra restitución u otra penitencia más de la dicha?

—En eso de restituir no hay que hablar—respondió el mozo—, porque es cosa imposible, por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya; y así, el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, a causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de excomunión jamás llegan a nuestra noticia, porque jamás vamos a la iglesia al tiempo que se leen, sino es los días de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores—dijo Cortado— que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de mala?—replicó el mozo—. ¿No es peor ser hereje, o renegado, o matar a su madre, o ser solomico?

—Sodomita querrá decir vuesa merced—respondió Rincón.

—Eso digo—dijo el mozo.

—Todo es malo—replicó Cortado—, pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo—dijo el mozo—, que ya desde aquí se descubre su casa. Vuestas mercedes se queden a la puerta, que yo entraré a ver si está desocupado, porque éstas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena sea—dijo Rincón.

Y adelantándose un poco el mozo entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando a la puerta.

El salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljofifado parecía que vertía carmín de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro. A otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincón a entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vio en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y un arca grande, sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres estereras de enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaba pegada a la pared una imagen de Nuestra Señora, de esas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y, encajada en la pared, una almofía blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para la limosna, y la almofía para tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí a poco dos de la esportilla y un ciego; y sin hablar palabra ninguno, se comenzaron a pasear por el patio. No tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta, con anteojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fue a la sala, y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se sanó con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios. Llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos a la valona medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletos cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina. Los cuales, así como entraron, pusieron los ojos de través en Rincón y Cortado, a modo de que los extrañaban y no conocían. Y llegándose a ellos les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque; tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos a do colgaba una

espada ancha y corta, a modo de las del perrillo; las manos eran cortas, pelosas, y los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

—Estos son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije, mi señor Monipodio. Vuesa merced los desamine y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana—respondió Monipodio. Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que a medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron a su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís; porque, si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas: «Fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, o le azotaron», o otra cosa semejante, que por lo menos suena mal a los buenos oídos. Y así, torno a decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos. Rincón dijo el suyo y Cortado también.

—Pues de aquí en adelante—respondió Monipodio—quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis «Rinconete», y vos, Cortado, «Cortadillo», que son nombres que asientan como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y en tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan a las tales animas por vía de naufragio; y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón! Deténgale!» se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: «¡Déjenle al curiado, que harta mala ventura lleva! ¡Allá se lo haya! ¡Castíguele su pecado!» Son también bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos

socorren, así en la trena como en las guras; y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa a quien se dé mucha pena. Y por todos estos, que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor pompa y soledad que podemos.

—Por cierto—dijo Rinconete, ya confirmado con ese nombre—que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oído, decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene. Pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia a esta felicísima y abogada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio o tormenta, o ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada, si ya no es que se hace mejor con «popa y soledad», como también apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará, y no quedará de mí pedazo—replicó Monipodio. Y llamando a la guía, le dijo:

—Ven acá, Ganchuelo: ¿están puestas las postas?

—Sí—dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre—; tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, a nuestro propósito—dijo Monipodio—, querría saber, hijos, lo que sabéis para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

—Yo—respondió Rinconete—sé un poquito de floreo de villano; entiéndeseme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo; entróme por la boca del lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

—Principios son—dijo Monipodio—; pero todas éstas son flores de cantueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco, que se deje matar de medianoche abajo. Pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentado sobre ese fundamento media docena de lecciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

—Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades —respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis?—preguntó Monipodio.

—Yo—respondió Cortadillo—sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento a una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabéis más?—dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados—respondió Cortadillo.

—No os aflijáis, hijo—replicó Manipodio—; que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir—respondió Rinconete—, sino muy bien? Ánimos tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

—Está bien—replicó Monipodio—; pero querría yo también le tuviédeses para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin despegar los labios y sin decir esta boca es mía.

—Ya sabemos aquí—dijo Cortadillo—, señor Monipodio, qué quiere decir «ansias», y para todo tenemos ánimo; porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida o su muerte. ¡Como si tuviese más letras un «no» que un «sí»!

—Alto, no es menester más—dijo a esta sazón Monipodio—. Digo que sola esta razón me vence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

—Yo soy de ese parecer—dijo uno de los bravos. Y a una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando, y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo.

Él respondió que por darles contento a todos desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque eran no pagar media anata del primer hurto que hiciesen. No hacer oficios menores en todo el aquel año, conviene a saber: no llevar recaudo de ningún hermano mayor a la cárcel, ni a la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuando, cómo, y adonde quisieren, sin pedir licencia a su mayoral; entrar a la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno de ellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás con palabras muy comedidas, las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—¡El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa; pero no trae consigo gurullada!

—Nadie se alborote—dijo Monipodio—, que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Soséguese que yo le saldré a hablar.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salló a la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió a entrar Monipodio, y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí—dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo—dijo Monipodio—no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dio al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es—dijo la guía—que hoy faltó esa bolsa. Pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—¡No hay levas conmigo!—replicó Monipodio—. La bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año.

Tornó a jurar el mozo que no sabía de ella. Comenzóse a encolerizar Monipodio, de manera, que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—¡Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden; que le costará la vida! Manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo a jurar el mozo, y a maldecirse, diciendo que él no había tomado la bolsa, ni vístela de sus ojos; todo lo cual fue poner más fuego a la cólera de Monipodio, y dar ocasión a que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegarle y darle contento a su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristán, y dijo:

—Cese toda cuestión, mis señores; que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dio alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó, por añadidura. Luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto.

Viendo lo cual, Monipodio dijo:

—Cortadillo el bueno—que con este título y renombre ha de quedar aquí adelante—se quede con el pañuelo, y a mi cuenta se quede la satisfacción de este servicio; y la bolsa se ha de llevar el alguacil; que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: «no es mucho que a quien te da la gallina entera, tú des una pierna de ella». Más disimula este buen alguacil en un día, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió a dar la bolsa al alguacil y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de «bueno», bien como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde, en viéndolas, Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fueron con los brazos abiertos la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro. Que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con que mojar la canal maestra.

—Pues ¿había de faltar, diestro mío?—respondió la una, que se llamaba la Gananciosa—. No tardará mucho en venir Silbatillo, tu trainel, con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fue verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio. Y ordenó asimismo que todos se sentasen a la redonda; porque en cortando la cólera se trataría de lo que más conviniese.

A esto dijo la vieja que había rezado a la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha, que me trae loca; y más, que antes que sea mediodía tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron a mi casa una canasta de colar, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitarla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar y jadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angélicos. Dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni cortaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre—respondió Monipodio—, y estese así la canasta; que yo iré allá a boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré a cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenárades. hijo—respondió la vieja—. Y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de continuo.

—Y ¡qué tal lo beberéis, madre mía!—dijo a esta razón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y descubriendo la canasta se manifestó una bota a modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podría caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre; y llenándola la Escalanta, se le puso en las manos a la devotísima vieja, la cual, tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

—Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo. Y aplicándosele a los labios, de un tirón, sin tomar aliento, lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo:

—De Guadalcanal es, y aún tiene un es no es de yeso el señorico.

Dios te consuele, hija, que así me has consolado; sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

—No hará, madre—respondió Monipodio—, porque es trasañejo.

—Así lo espero yo en la Virgen—respondió la vieja. Y añadió:

—Mirad, niñas, sí tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la prisa y gana que tenía de venir a traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

—Yo si tengo, señora Pipota—que éste era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa—. Tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiera otra a la señora Santa Lucía, que por lo de los ojos, también la tengo devoción; pero no tengo trocado, mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es mucha importancia llevar la persona las velas delante de sí antes que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

—Bien dice la madre Pipota—dijo la Escalanta.



Y echando manos a la bolsa, le dio otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelitas a los santos que a ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos.

Con esto se fue la Pipota, diciéndoles:

—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad como yo los lloro, y encomendadme a Dios en vuestras oraciones; que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque Él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia.

Y con esto se fue.

Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles. Y lo que primero sacó de la cesta fue un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacalao frito; manifestó luego medio queso de Flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul. Serían los del almuerzo hasta catorce, y ninguno de ellos dejó de sacar su cuchillo y cachas amarillas, si no fue Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y a la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena.

Mas apenas habían comenzado a dar asalto a las naranjas, cuando les dio a todos gran sobresalto los golpes que dieron a la puerta. Mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano a la espada, llegó a la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó:

—¿Quién llama? Respondieron de fuera:

—Soy yo, que no es nadie, señor Monipodio. Tagarete, soy, centinela de esta mañana, y vengo a decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgredada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decía, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó a Tagarete que se volviese a su posta, que de allí adelante avisase lo que viese con menos estruendo y ruido.

El dijo que así lo haría.

Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio. Venía descabellada y la cara llena de tolondrones. Y así como entró en el patio se cayó en el suelo desmayada. Acudieron a socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándola el pecho la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo a voces:

—¡La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras! ¡Sobre aquel cobarde bajamanero! ¡Sobre aquel pícaro lendorso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas! ¡Desdichada de mí! ¡Mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso e incorregible!

—Sosiégate, Cariharta—dijo a esta sazón Monipodio—; que aquí estoy yo que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada. Dime sí has habido algo con tu respeto, que si así es y quieres venganza, no has menester más que boquear.

—¿Qué respeto?—respondió Juliana—. Respetada me vea yo en los infiernos, sí más lo fuere de aquel león con las ovejas y cordero con los hombres. ¿Con aquél había yo de comer más pan a manteles, ni yacer en uno? Primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis.

Y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla, y aun un poco más, las descubrió llenas de cardenales.

—De esta manera—prosiguió—me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que a la madre que le parió. Y ¿por qué pensáis que lo ha hecho? ¿Montas que le di yo ocasión para ello? No por cierto. No lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió a pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinticuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado, ruego yo a los cielos que vaya en descuento de mis pecados. Y en pago de esta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podría tener, esta mañana me sacó al campo detrás de la huerta del rey, y allí, entre unos olivares, me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros—que en malos grillos y hierros le vea yo—me dio tantos azotes, que me dejó por muerta. De la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó a levantar las voces, aquí volvió a pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano a consolarla, diciéndole que ella diera de buena gana una de las mejores preas que tenía porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

—Porque quiero—dijo—que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que a lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, y azotan y acocean, entonces nos adoran. Si no, confiésame una verdad por tu vida: después que te hubo Repelido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una?—respondió la llorosa—. Cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano por que me fuera con él a su posada; y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

—No hay dudar en eso—replicó la Gananciosa—. Y lloraría él de pena de ver cómo te había puesto, que en estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento. Y tú verás, hermana, si no viene a buscarte antes de que aquí nos vamos, y a pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad—respondió Monipodio—que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos había él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta, ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer?

—¡Ay!—dijo a esta sazón la Juliana—. No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito; que con cuan malo es, le quiero más que a las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mí amiga la Gananciosa y en verdad que estoy para ir a buscarle.

—Eso no harás tú por mi consejo—replicó la Gananciosa—, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho. Y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas, que le amargue.

—Eso sí—dijo la Cariharta—. Que tengo mil cosas que escribirle.

—Yo seré el secretario cuando sea menester—dijo Monipodio—; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga se atreverá a hacer dos millares de coplas en daga las pajas; y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que líos henchirá las medidas a todas horas. Y en la de ahora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que después todo se andará.

Fue contenta la Juliana de obedecer a su mayor, y así, todos volvieron a su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero. Los viejos bebieron *sine fine*; los mozos, adunia; las señoras, los quiries. Los viejos pidieron licencia para irse. Dióselo luego Monipodio, encargándoles viniesen a dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que vieses ser útil y conveniente a la comunidad Respondieron que ellos se lo tenían bien en cuidado, y fuéronse.

Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó a Monipodio que de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados.

A lo cual respondió Monipodio que aquéllos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban «abispones», y que servían de andar de día por toda la ciudad, abispando en qué casas se podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación o Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponían; y, en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y diseñaban el lugar más

conveniente para hacer los guzpátaros—que son agujeros—para facilitar la entrada. En resolución, dijo que era la gente de más o de tanto provecho que había en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su majestad de los tesoros; y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción. Y hay de ellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van ahora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca. Otros dos hay, que son palanquines; los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no.

—Todo me parece de perlas—dijo Rinconete—, y querría ser de algún provecho a tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo a los buenos deseos— dijo Monipodio. Estando en la plática, llamaron a la puerta. Salió Monipodio a ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo:

—¡No le abra vuesa merced, señor Monipodio! ¡No le abra a ese marinero de Tarpeya, a ese tigre de Ocaña!

No dejó por esto Monipodio de abrir a Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro a grandes voces decía:

—¡Quítenmele de delante a ese gesto de por demás, a ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas!

Maniferro y Chiquiznaque tenían a Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba. Pero como no le dejaban, decía desde fuera:

—¡No haya más, enojada mía! ¡Por tu vida que te sosiegues! ¡Así te veas casada!

—¿Casada yo, malino?—respondió la Cariharta—. ¡Mira en qué tecla toca! ¡Ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una notomía de muerte, que contigo!

—¡Ea, boba—replicó Repolido—, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido; porque vive el Dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída! Humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

—Y aun de cenar le daría yo—dijo la Cariharta—por que te llevase donde nunca más mis ojos te viesan.

—¿No os digo yo?—dijo Repolido—. ¡Por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo a doce, aunque nunca se venda!

A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasías. La Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien. Que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah, Juliana! ¡Ah, niña! ¡Ah, Cariharta mía! ¡Sal acá fuera, por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas!

—Como él eso haga—dijo la Escalanta—, todas seremos en su favor y en su rogar a Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela a menoscabo de la persona—dijo el Repolido—, no me rendiré a un ejército de esguizaros; mas si es por vía de que la Cariharta gusta de ello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riéronse de esto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla de él, que dijo con muestras de infinita cólera:

—Cualquiera que se riere o se pensase reír de lo que la Cariharta contra mí, o yo contra ella, hemos dicho o dijéramos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere o lo pensare, como ya he dicho.

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal si no lo remediaba. Y así, poniéndose luego en medio de ellos, dijo:

—No pasen más adelante, caballeros. Cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes. Y pues las que se han dicho no llegan a la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos—respondió Chiquiznaque—que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que sí se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer.

—También tenemos aquí pandero, señor Chiquiznaque—replicó el Repolido—, y también si fuere menester sabremos tocar los cascabeles: y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame; que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho, dicho.

Y diciendo esto, se iba a salir por la puerta afuera. Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

—¡Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas! ¿No ven que va enojado, y es un Juda Macarelo en esto de la valentía? ¡Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos!

Y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio le detuvieron.

Chiquiznaque y Maniferro no sabían si enojarse o si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haría. El cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hacer burla de los amigos.

—No hay aquí amigo—respondió Maniferro—que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo. Y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

Diéronselas luego, y la Escalanta, quitándose un chapín, comenzó a tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín. Manipodio rompió un plato, e hizo dos tejoletas, que puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapín y a la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto.

Conociólo Maniferro, y díjoles:

—¿Admíranse de la escoba? Pues bien hacen, pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata, no se ha inventado en el mundo; y en verdad que oí decir el otro día a un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó a la Arauz del infierno, ni el Marión, que subió sobre el delfín, y salió del mar como si viniera caballero sobre una muía de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música, tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse; y aun voto a tal, que dicen que la inventó un galán de esta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música.

—Eso creo yo muy bien—respondió Rinconete—; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fue la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza, cantó lo siguiente:

Por un sevillano rufo a lo valón,  
tengo socarrado todo el corazón

Siguió la Gananciosa, cantando:

Por un morenico de color verde,  
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes; hácese la paz;  
si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque, tomando otro chapín, se metió en danza, y acompañó a las demás, diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más,  
que si bien lo miras, a tus carnes das.

—Cántese a lo llano—dijo a esta sazón Repolido—, y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué. Lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban a la puerta aprisa, y con ella salió Monipodio a ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante del venían el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales.

Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos de manera, que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés, dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música. Enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose a las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos a otra calle. Nunca disparado arcabuz a deshora, ni trueno repentino, espantó así a la banda de descuidadas palomas como puso en alboroto y espanto a toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia. Los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacerse y estuvieronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela a decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestras ni resabio de mala sospecha alguna.

Y estando diciendo esto a Monipodio, llegó un caballero mozo a la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio. Monipodio le entró consigo, y mandó llamar a Chiquiznaque, a Maniferro y al Repolido, y que los demás no bajase ninguno. Como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo pudieron oír toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo a Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho;

pero que allí estaba el oficial a cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí.

Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntó a Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de a catorce.

—¿Cuál?—respondió Chiquiznaque—. ¿Es la de aquel mercader de la encrucijada?

—Esa es—dijo el caballero.

—Pues lo que en eso pasa—respondió Chiquiznaque—es que yo aguardé anoche a la puerta de su casa, y él vino antes de la oración. Lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido y de hacer lo que llevaba en mi destrucción...

—«Instrucción», querrá vuesa merced decir—dijo el caballero—; que no «destrucción».

—Eso quise decir—respondió Chiquiznaque—. Digo que viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, di la cuchillada a un lacayo suyo, que a buen seguro que la pueden poner mayor de marca.

—Más quisiera—dijo el caballero—que se le hubiera dado al amo una de a siete, que al criado la de catorce. En efecto, conmigo no se ha cumplido, como era razón; pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal. Beso a vuestras mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse. Pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, o prendas que lo valgan.

—Pues ¿a esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra?—respondió el caballero—dar la cuchillada al mozo habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor!—dijo Chiquiznaque—. Bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can.»

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí a propósito este refrán?—replicó el caballero.

—Pues ¿no es lo mismo—prosiguió Chiquiznaque—decir: «quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can»? Y así Beltrán es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can, se da a Beltrán, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecución: por eso no hay más sino pagar luego sin apercebimiento de remate.



—Eso juro yo bien—añadió Monipodio—, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho. Y así voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague, luego lo trabajado; y si fuere servido se le dé otra al amo, de la cantidad que puede llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando.

—Como eso sea—respondió el galán—, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto—dijo Monipodio—más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa—respondió el caballero—, recíbame esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada. Pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y dióselo a Monipodio, que al color y al peso bien vio que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado. La ejecución quedó a cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche.

Fuese muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó a todos los ausentes y azorados. Bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio de ellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa. y dióselo a Rinconete que leyese, porque él no sabía leer.

Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vio que decía:

#### MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA

*La primera al mercader de la encrucijada. Vale cincuenta escudos. Están recibidos treinta a buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.*

—No creo que hay otra, hijo—dijo Monipodio—; pasa adelante, y mira donde dice: *Memoria de palos.*

Volvió la hoja Rinconete, y vio que en otra estaba escrito: *Memoria de palos.* Y más abajo decía:

*Al bodeguero de la alfalfa, doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno. Están dados a buena cuenta ocho. El término seis días Secutor, Maniferro.*

—Bien podía borrarse esta partida—dijo Maniferro—, porque esta noche traeré finiquito de ella.

—¿Hay más, hijo?—dijo Monipodio.

—Sí, otra—respondió Rinconete—, que dice así:

*Al sastre corcovado que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía a pedimento de la dama que dejó la gangantilla. Secutor, el Desmochado.*

—Maravillado estoy—dijo Monipodio—cómo todavía está esa partida en ser. Sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra.

Yo le topé ayer—dijo Maniferro—, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no había cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien—dijo Monipodio—; porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—No, señor—respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante—dijo Monipodio—, y mirad donde dice:

*Memorial de agravios comunes.*

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

*Memorial de agravios comunes, conviene, a saber: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, aplicación de niveles, etc.*

—¿Qué dice más abajo?—dijo Monipodio.

—Dice—dijo Rinconete—*unto de miera en la casa...*

—No se lea la casa, que ya yo sé dónde es—respondió Monipodio—, y yo soy el tuautem y ejecutor de esa niñería, y están dados a buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

—Así es la verdad—dijo Rinconete—, que todo eso está aquí escrito. Y aún más abajo dice: *Clavazón de cuernos.*

—Tampoco se lea—dijo Monipodio—la casa, ni adonde; que basta que se les haga agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia. A lo menos más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decirlo sólo una vez, aunque fuese a la madre que me parió.

—El ejecutor de esto es—dijo Rinconete—el Navigueta.

—Ya está hecho eso y pagado—dijo Monipodio—. Mirad si hay más; que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el término es de todo el mes en que estamos, y cumplirse al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos a esta parte. Dadme el libro, mancebo; que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio. Pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéramos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se venga nadie por fuerza; cuanto más, que cada uno en su casa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es—dijo a esto el Repolido—. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda; que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer—respondió Monipodio—es que todos vayan a sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar a nadie. A Rinconete el bueno y a Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la torre del Oro, por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar a sentadillas con sus flores; que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y ésta, con cuatro naipes menos. Este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y San Telmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía, y ofreciéronse a hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó, en esto, Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero, le dio el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: «Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno; Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón», y el día, mes y año, callando padres y patria.

Estando en esto, entró uno de los viejos avispones, y dijo:

—Vengo a decir a vuestras mercedes cómo ahora topé en Gradas a Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte, de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás; y que por venir maltratado no viene luego a registrarse y a dar la sólida obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó a mí—dijo Monipodio—que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello, que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita como el ingenio con que le aprende.

—También topé—dijo el viejo—en una casa de posadas en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido a posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca calidad; que de allí podría venir a mucha. Dice también que el domingo no faltará a la junta y dará cuenta de su persona.

—Ese judío también—dijo Monipodio—es gran sacre y tiene gran conocimiento. Dios ha que no le he visto, y no lo hace bien. Pues a fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona; que no tiene más órdenes el ladrón que las que tiene el Turco, ni sabe más latín que mi madre. ¿Hay más de nuevo?

—No—dijo el viejo—, a lo menos que yo sepa.

—Pues sea en buen hora—dijo Monipodio—. Voacedes tomen esta miseria—y repartió entre todos cuarenta reales—y el domingo no falte nadie; que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias. Tornáronse a abrazar Repolido y la Cariharta, la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, después de haber alzado la obra en la casa, se viesen en la de la Pipeta, donde también dijo que iría Monipodio, al registro de la canasta de colar, y que luego había de ir a cumplir y borrar la partida de la miera. Abrazó a Rinconete y a Cortadillo, y echándolos su bendición los despidió, encargándoles que no tuviesen más posada cierta, ni de asiento; porque así convenía a la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque, a lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lección de oposición acerca de las cosas concernientes a su arte. Con esto se fue, dejando a los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural; y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad, y más cuando, por decir per *modum sufragii*, había dicho «por modo de naufragio»; y que «sacaban el estupendo» por decir «estipendio», de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un «marinero de Tarpeya» y un tigre de «Ocaña», por decir «Hircania», con otras mil impertinencias a éstas y a otras peores semejantes. Especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinticuatro reales lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y, sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían, y la confianza de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y de ofensas a Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba a poner las candelillas de cera a las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían a Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado. Consideraba lo que había leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban. Finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella famosa

ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza y propuso en sí de aconsejar a su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta. Pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más lengua escritura, y así, se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideración, y que podrán servir de ejemplo y aviso a los que los leyeren.

FIN